

LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA Y LA OFENSIVA DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA EN AMERICA LATINA

Klaus MESCHKAT*

RESUMEN: Entre los cambios más importantes en América Latina en los últimos años es necesario destacar la intervención cada vez más activa y el peso creciente de la socialdemocracia europea en la vida política del subcontinente. No obstante, esencial para una política realista de la izquierda latinoamericana es que no busque solamente la cooperación—en este momento necesaria— con los representantes oficiales de la socialdemocracia sino que tome cuenta también de los nuevos movimientos sociales en los países europeos que se dirigen contra la política de suicidio nuclear promovido por los EUA y al mismo tiempo contra su política imperialista en el tercer mundo, cuyo símbolo hoy es El Salvador.

A partir de mayo del año 1976, cuando se celebró en Caracas una Conferencia de Dirigentes Políticos de Europa y América Latina en pro de la Solidaridad Democrática Internacional, en presencia de los más destacados dirigentes de los partidos socialdemócratas y socialistas europeos y con participación de un gran número de partidos latinoamericanos de corte socialdemócrata, laborista o populista, se inicia una nueva fase de actividad política: la Internacional Socialista, cuya presidencia asume Willy Brandt en noviembre del mismo año, se transforma de un club cerrado de la socialdemocracia europea en un centro de acción que asume un papel

* Profesor de la Universidad de Hannover, RFA.

activo en el Tercer Mundo, en especial en América Latina. El apoyo a la revolución Sandinista en Nicaragua, la intervención exitosa en favor de la victoria electoral de un partido miembro en la República Dominicana en 1978, la confrontación actual con el imperialismo norteamericano sobre El Salvador son solamente unos ejemplos que indican la importancia de la Internacional Socialista para los procesos políticos en la región. La declaración programática de Santo Domingo de la Primera Conferencia Regional de la Internacional Socialista para América Latina y el Caribe (mayo, 1980) muestra en forma nítida la autoevaluación de los dirigentes políticos de los partidos "socialistas, laboristas y anti-imperialistas" de la zona: aspiran a "la construcción de un vigoroso movimiento de solidaridad de las fuerzas populares de los países del Tercer Mundo en alianza con las organizaciones democráticas y progresistas de los países desarrollados" (Nueva Sociedad, No. 47, marzo-abril 1980, p. 167). No se trata solamente de una autoevaluación propagandística: Fidel Castro, en su discurso ante el 2o. congreso del PC cubano en diciembre de 1980, afirma que "América Latina se ha convertido en uno de los escenarios permanentes de la socialdemocracia" y opina que en las condiciones actuales "La participación socialdemócrata y la socialdemocratización de antiguos partidos burgueses y oligárquicos de la América Latina tienen un signo positivo. Amplían las fuerzas y el campo de lucha contra el dominio del imperialismo norteamericano". (Granma, 28/12/1980, p. 16).

Para apreciar este cambio del panorama político en América Latina, hay que recordar la situación en los años 60: la Internacional Socialista era casi inexistente en nivel latinoamericano, sus partidos miembros en su mayoría sectas socialdemócratas que destacaban más que todo por un anticomunismo incondicional, que les llevó frecuentemente a una cooperación con el imperialismo norteamericano. La izquierda latinoamericana, que en estos años aspiraba a impulsar la lucha antiimperialista según un modelo idealizado de la revolución cubana, tenía poca simpatía por una Socialdemocracia Europea que no en pocas ocasiones se hacía cómplice del imperio, como al apoyar la guerra de los EUA en Vietnam. La socialdemocracia apareció como agente del imperialismo, como tendencia política esencialmente contrarrevolucionaria y de ninguna manera como fuerza independiente o un posible apoyo a las fuerzas progresistas en América Latina.

Hoy en día, esta imagen ha cambiado totalmente. Hay que destacar los rasgos nuevos de la ofensiva de la socialdemocracia internacional. Como no hay una socialdemocracia clásica en el subcontinente

te (tal vez con la excepción de unos minipartidos en Argentina que reclaman la herencia de un socialismo de la Segunda Internacional), se busca la cooperación de fuerzas políticas más heterogéneas, muchas veces de origen populista, que representan variedades de un reformismo esencialmente burgués o pequeñoburgués: el caso de la APRA en el Perú, de la Acción Democrática en Venezuela, del PLN en Costa Rica. Lo novedoso en la política de la Internacional Socialista no es solamente el esfuerzo de coordinar las actividades de partidos "reformistas" tan diversos, que por su "moderación" y la vaguedad de su ideología se recomiendan como socios de un proyecto igualmente vago de un "socialismo democrático" que deja intactas las estructuras capitalistas. Lo novedoso es, al contrario, el esfuerzo consciente de buscar la cooperación de fuerzas políticas nuevas, que no se pueden definir, de ninguna manera, como socialdemócratas, sea por sus metas programáticas netamente socialistas, sea por una práctica política que se basa en la lucha de las masas. Tal es el caso del MIR Boliviano, pero también del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua y del MNR de El Salvador, que opera como integrante del Frente Democrático Revolucionario. También hay que mencionar al PT del Brasil, partido de origen clasista que, si bien no ha asistido a los congresos de la Internacional Socialista, si es tenido en gran estima por la socialdemocracia europea, como se mostró en la gira europea de su dirigente Lula al comienzo del año.

Para realizar una cooperación tan amplia, la Socialdemocracia debía renunciar a algunos principios por decenios sagrados:

1. Su anticomunismo tradicional, que excluye cualquier forma de cooperación con el PC (principio todavía vigente en Alemania Federal). La Internacional Socialista acepta hoy que partidos miembros (caso del MNR en el Salvador) o simpatizantes (el MNRI y el MIR de Bolivia) actúen en coaliciones con los PC de sus países.
2. El rechazo a la lucha armada como camino al poder. Se acepta que en circunstancias específicas, no queda otro camino para derrotar un régimen dictatorial y represivo: los casos de Nicaragua y de El Salvador.
3. La aversión contra todo lo que trascienda una democracia puramente representativa e implique la realización de una democracia de base y de movilizaciones de masas fuera de la legalidad establecida.

En América Latina, la socialdemocracia europea acepta ahora alianza y métodos de lucha que son inconcebibles en sus propios países, ampliando así su radio de acción hacia fuerzas políticas nuevas. Eso es particularmente notable en el caso de la socialdemocracia alemana, que siempre se destacó por su anticomunismo ortodoxo.

La socialdemocracia alemana es el partido que hasta ahora tiene el mayor peso en la Internacional Socialista, no solamente por el prestigio personal de su presidente Willy Brandt, por tratarse del partido de gobierno de la segunda potencia del capitalismo mundial, tampoco por su contribución al presupuesto de la Internacional Socialista (según James Petras, *Le Monde Diplomatique* de junio de 1980, la socialdemocracia alemana paga 60% de los gastos de la Internacional Socialista).

Tal vez lo que determine este excepcional papel de la socialdemocracia alemana sea el hecho de ser el único partido que dispone de un aparato propio, muy eficaz además, para implementar su política hacia el exterior. No se puede sobreestimar la función de la Fundación Friedrich Ebert, que tiene más representantes permanentes en los distintos países latinoamericanos que la Internacional Socialista o el conjunto de los partidos europeos miembros de la IS. Las fundaciones políticas afines a los partidos representados en el Parlamento son instituciones *sui generis* de la vida política de Alemania Federal (al lado de la Fundación Ebert, que es socialdemócrata, existe la Fundación Konrad Adenauer de la Democracia Cristiana, la Fundación Friedrich Naumann de los Liberales, y la Fundación Hans Seidee del Partido Social-Cristiano de Bavaria, esta última muy a la derecha del espectro político). Todos reciben la casi totalidad de sus fondos del Estado —pero figuran como entidades independientes, tan independientes también de “sus” partidos, que sus bases no tienen ni conocimiento detallado de sus actividades, ni les pueden controlar. La Fundación Ebert, la más importante de estas instituciones, tiene un peso especial porque la socialdemocracia está en el gobierno pero no perdería sus fondos ni su importancia por un posible cambio de coalición en Bonn. Figura como expresión política de la corriente socialdemócrata —y en esta capacidad a veces sirve como “ejecutivo” de la Internacional Socialista— pero se puede considerar también como una parte complementaria del aparato estatal de Alemania Federal, no solamente por su financiamiento con fondos oficiales, sino también porque cumple funciones de un servicio exterior paralelo, especialmente donde la representación diplomática alemana es ineficaz o impedida de actuar. En fin, la Fundación Ebert

es la expresión más nítida de la “estatización” de la socialdemocracia alemana.

Sus actividades en América Latina son las más diversas: una parte importante es la promoción de investigaciones científicas sobre la realidad económica, social y política de los distintos países (realizados por becados alemanes e investigadores latinamericanos): los resultados son parcialmente publicados, parcialmente se trata de información reservada para la Fundación —que la pasa al Estado que financia sus actividades. Realiza seminarios para expertos en campos muy variados (desde la reforma agraria hasta los medios de comunicación), cursos de entrenamiento para funcionarios de sindicatos y cooperativas y da también apoyo directo a determinados partidos políticos, p.e. en sus campañas electorales.

La socialdemocracia alemana ha demostrado que se puede modificar la fisonomía política de países enteros con una intervención bien planeada: han tenido un gran éxito en la Península Ibérica antes y después de la caída de las dictaduras en Portugal y España. El Partido Socialista Portugués fue fundado en el exilio en una escuela de la Fundación Ebert en Alemania, y pudo desarrollarse gracias al apoyo masivo financiero y de expertos alemanes. El PSP fue exitoso en su campaña contra el Partido Comunista y la izquierda radical, llegando finalmente al gobierno desde el cual, lejos de iniciar la construcción de una sociedad socialista, empezó a liquidar los logros básicos de la revolución de 1974. En España, el PSOE también recibe el apoyo de la Socialdemocracia, teniendo, además, como elemento quizás más importante, el apoyo de los sindicatos alemanes (controlados por la Socialdemocracia) en favor de la UGT. De esta manera se destruyó la posibilidad de un sindicato único sobre la base de las Comisiones Obreras. Hoy en día, los exponentes de los partidos socialistas de España y Portugal (incluyendo los líderes Mario Soares y Felipe González) juegan un papel muy importante en la diplomacia partidista que acompaña la ofensiva de la Internacional Socialista en América Latina.

Hay que examinar las explicaciones ofrecidas hasta hoy sobre los motivos de la ofensiva de la Internacional Socialista en América Latina y el papel destacado de la socialdemocracia alemana dentro de este proceso. Hace unos años, muchos observadores aún creían en una especie de división del trabajo con el imperialismo norteamericano: la socialdemocracia podía intervenir y buscar aliados en círculos modestamente anti-imperialistas, donde los EE.UU. estaban demasiado descreditados por su apoyo a las fuerzas más reaccionarias del

subcontinente —especialmente después del fracaso total de la “Alianza para el Progreso” y el apoyo norteamericano al golpe contra el gobierno de Salvador Allende. No se puede negar que en base a un anticomunismo común, existían en el pasado formas de cooperación secreta entre los EE.UU. y la socialdemocracia europea. Pero con la agudización de la competencia interimperialista, se evidencian conflictos de intereses cada vez más marcados: ya en 1975, el convenio nuclear entre Brasil y Alemania Federal fue concluido contra la oposición abierta del gobierno de los EE.UU. Hoy en día, sería absurdo interpretar el enfrentamiento entre los EE.UU. y la Internacional Socialista sobre El Salvador como una especie de “división del trabajo”.

Mucho más serias son las interpretaciones que establecen una vinculación entre la expansión del capital alemán por medio de inversiones directas en América Latina con la ofensiva política de la socialdemocracia. No cabe duda que hay una coincidencia en el tiempo: la socialdemocracia participa en el gobierno alemán desde 1966 (como fuerza mayoritaria, desde 1969) —y a partir de estos años se observa también un fuerte aumento de las inversiones alemanas en algunos países latinoamericanos (en primer lugar Brasil, después de Argentina y México). Las multinacionales alemanas lograron construir verdaderos imperios económicos en los países más desarrollados del área, más que todo en la industria automotriz, electrónica, química y metalúrgica. Volkswagen do Brazil, que hasta hace poco producía más de la mitad de los carros en Brasil, es un símbolo de esta expansión del capital alemán.

De estos hechos se ha deducido que la socialdemocracia alemana, también en sus actividades dentro de la Internacional Socialista, figura como simple agente del capital alemán, preparando el terreno para su expansión y asegurando las condiciones políticas y sociales favorable para la instalación de sus multinacionales. Sin embargo, si examinamos los hechos más de cerca, parece difícil sostener una vinculación tan directa, que niega lo específico de lo que es la socialdemocracia.

Primero hay que ver que no es en los países donde se concentra el capital alemán en donde se muestra la mayor actividad de la Internacional Socialista. Al contrario: las intervenciones políticas de la Internacional Socialista tuvieron lugar en regiones y países donde un interés directo del capital alemán es débil o casi inexistente así fue en Chile, donde la socialdemocracia condenó el golpe de Pinochet y prestó un apoyo considerable a sus víctimas, así también en el

caso de Bolivia, donde la Internacional Socialista apoyó la coalición progresista UDP que ganó las elecciones del año pasado, y donde el rechazo al régimen de García Meza se hizo incluso político oficial de Alemania Federal durante un tiempo. Es la ausencia y no la presencia de capital alemán (que siempre acepta regímenes represivos si se trata de salvar sus intereses) que permite que la socialdemocracia actúe según los principios programáticos de la Internacional Socialista: en favor de la democracia pluralista, de la organización autónoma de la clase obrera, de apoyo a movimientos de liberación que pretenden derrumbar regímenes dictatoriales y represivos. Esto se puede observar también en Centroamérica: ni en Nicaragua ni en El Salvador hay intereses sustanciales del capital alemán o europeo, y sería una interpretación poco seria decir que el apoyo a la revolución sandinista o al FDR de El Salvador está destinado a preparar el terreno a las multinacionales alemanas.

¿Qué pasa en los países donde el interés del capital alemán es fuerte? No parece casual que hasta ahora la Internacional Socialista no ha desarrollado actividades de gran impacto en favor de la democracia y los derechos sindicales en Argentina o en el Brasil. Las multinacionales europeas, igual que las norteamericanas, son las beneficiarias de las condiciones políticas y sociales que se garantizan por los regímenes militares de estos países. En el caso de movimientos huelguísticos, las empresas alemanas no son menos duras ni están menos dispuestas a buscar el apoyo del Estado militar que las filiales norteamericanas. El apoyo de la socialdemocracia y de sus sindicatos a los sindicatos independientes (caso de las huelgas en la industria automotriz del Brasil) es poco eficiente y llega tarde; tampoco hay ninguna presión de parte del gobierno alemán en favor de las libertades políticas y sindicales en estos países.

Puede ser que los representantes más lúcidos del gran capital alemán prefieran un régimen político menos represivo en Argentina o en el Brasil, una forma más “institucionalizada” de la lucha de clases que garantice una estabilidad a largo plazo, incluso aceptarían sindicatos libres para tener negociaciones colectivas en forma regular y evitar huelgas no controlables. Tal vez hay gerentes de multinacionales alemanas en el Brasil o Argentina que estén soñando con una cooperación entre capital y trabajo como se da dentro del cuadro del “modelo alemán”. Pero este modelo es inoperante en América Latina. Existe ya la experiencia muy concreta de que los obreros sindicalizados de las industrias más modernas (pensamos en la industria automotriz de Córdoba/Argentina en el pasado, y en los obreros

de Sao Bernardo actualmente), es decir, sectores supuestamente “privilegiados” de la clase obrera, están desarrollando un sindicalismo militante, revolucionario, que se puede fusionar con un movimiento de oposición más amplio, cuyas metas incluyan al menos restricciones fuertes a las multinacionales en estos países, o su eliminación. Por eso, un proyecto político socialdemócrata que siempre implica concesiones a la clase obrera y garantías a su libre organización, parece poco compatible con los intereses de las multinacionales, que si bien no se sustentan en una “sobreexplotación” de la fuerza de trabajo, sí necesitan un Estado fuerte y represivo como garante de la estabilidad política.

No es tan fácil, entonces, establecer una vinculación directa entre la ofensiva política socialdemócrata y los intereses específicos del gran capital de Alemania Occidental en determinados países. Puede suceder que la Fundación Ebert asuma el papel de “mediador” de inversiones alemanas, como fue el caso en Venezuela durante el gobierno de la AD, pero este caso no parece típico. Es cierto que se utilizan las informaciones de la Fundación Ebert para evaluar el “clima” para inversiones en distintas partes del mundo, y la Fundación organiza reuniones económicas anuales en Hamburgo con participación de representantes de las multinacionales, al lado de altos representantes del Estado. Un hecho como el apoyo a la revolución sandinista por parte de la socialdemocracia alemana no es, sin embargo, expresión directa de intereses económicos. Forma parte, eso sí, de una estrategia global: Alemania Federal debe demostrar a todo el mundo que no es simplemente “agente” del imperialismo norteamericano, que está dispuesta a apoyar movimientos nacionalistas y ofrecer su apoyo a las fuerzas que aspiran una liberación parcial del imperialismo de los EE.UU., diversificando la dependencia. Una política independiente del Estado alemán y de su partido de gobierno, como en el caso del enfrentamiento con los EE.UU. en relación a Centroamérica, indican a los “nacionalistas” (de la derecha y de la izquierda) que los alemanes están dispuestos a ayudarles a superar la dependencia unilateral de los EE.UU.

En este contexto hay que evaluar el famoso “Diálogo Norte-Sur”. Así como la socialdemocracia asume el papel de “conciliador” entre capital y trabajo asalariado, postulando la compatibilidad de los intereses de ambos, también pretende establecer una compatibilidad entre los intereses de las naciones “ricas” y “pobres” por medio de la creación de un nuevo orden económico internacional. Se trata más bien de esfuerzos por articular una ideología de “cooperación

internacional” que formule una política real que imponga condiciones y límites a la actuación de las multinacionales. Sin embargo, esta ideología tiene una función importante al crear la ilusión de que Alemania Federal es un aliado potencial para una política independiente de los países del Tercer Mundo.

La Internacional Socialista no tiene un “proyecto socialdemócrata” para los países de América Latina y no lo puede tener. Cuando sus partidos afines estaban en el gobierno, como la Acción Democrática en Venezuela, el PLN en Costa Rica y el partido de M. Manley en Jamaica, no tuvo nunca una política de largo alcance que pudiese haber conciliado los intereses del capital nacional e internacional con los de las masas populares. A pesar de estos fracasos la socialdemocracia goza de mucho prestigio y atrae gran parte de la izquierda latinoamericana. ¿Cuáles son las razones para ello?

1. La socialdemocracia aprovecha un vacío político que existe en América Latina por el fracaso de los proyectos supuestamente revolucionarios basados en la generalización de la lucha guerrillera en todos los países del subcontinente. Pasaron los días de la OLAS, cuando se pensaba factible coordinar las luchas revolucionarias siguiendo el ejemplo cubano. Hoy en día, las luchas de resistencia de las clases populares asumen formas muy distintas p.e. en Centroamérica y en el Cono Sur, y “la” revolución latinoamericana por vías esencialmente iguales es sólo una mistificación por parte de una izquierda “revolucionaria” bastante tradicional. La ausencia de una estrategia revolucionaria global permite a la socialdemocracia, precisamente por su pragmatismo, buscar cooperación —según el caso— con fuerzas políticas abiertamente reformistas burguesas hasta con alianzas revolucionarias que proclaman la insurrección armada.
2. Si bien la socialdemocracia es oportunista —también en el sentido de buscar oportunidades en los vacíos políticos— no se puede decir que carezca de principios, como en el caso de la Democracia Cristiana que da su apoyo a los más diversos regímenes, incluyendo dictaduras militares sangrientas como en el caso chileno o de la junta actual en El Salvador. La socialdemocracia mantiene algunos principios que toda la izquierda democrática comparte: el pluralismo político, la libertad de organización sindical, el rechazo a la violencia desde arriba en forma de persecución arbitraria de adversarios políticos, etc.,

ha prestado un apoyo considerable a las víctimas de los militares reaccionarios en Chile, Argentina y Bolivia, y las fuerzas democráticas de muchos países latinoamericanos saben que pueden encontrar algún tipo de apoyo de los socialdemócratas europeos en el caso de una nueva embestida contrarrevolucionaria. En vista del oportunismo político del comunismo de la línea de Moscú, que ni siquiera condena a la dictadura militar argentina, se entiende mejor que muchos revolucionarios se vuelvan "realistas". Las experiencias amargas del último decenio han llevado la izquierda latinoamericana a una evaluación más positiva de la "democracia" —que nunca es puramente "formal", sino siempre resultado de las luchas de los oprimidos que hay que defender. En este punto, hay una coincidencia objetiva con una socialdemocracia que respeta sus propios principios.

3. A cambio de su ayuda, la socialdemocracia no pide inmediatamente la adhesión incondicional a una línea política rígida, como es el caso de los partidos comunistas de las líneas de Moscú o de Pekín. Organizaciones muy diversas pueden reclamar su adhesión a un "socialismo democrático" que nadie sabe definir. A todas las fuerzas políticas que en el fondo no quieren cambiar el sistema capitalista dependiente, la adhesión a la Internacional Socialista les da la oportunidad de proporcionar una imagen "anti-imperialista" a una política que solamente conserva el *status quo*. A las fuerzas revolucionarias que buscan la cooperación de la socialdemocracia, también conviene "diversificar la dependencia", puesto que la única alternativa sería depender exclusivamente del llamado campo socialista y renunciar a parte de su independencia. El apoyo de la Internacional Socialista a los sandinistas en Nicaragua y al FDR en El Salvador parece demostrar que nadie debe renunciar a sus principios para recibir el apoyo de la socialdemocracia.

En vista de la intervención cada vez más descarada de los EEUU en "su" hemisferio, no se puede negar que la ofensiva socialdemócrata, independientemente de sus motivos, es positiva en la actual situación. Nadie tiene el derecho a criticar a los revolucionarios de América Latina cuando buscan el apoyo de la socialdemocracia en una lucha contra un enemigo inmediato agresivo y prepotente.

Sin embargo, se debe ser consciente de las implicaciones de una cooperación con la socialdemocracia tanto en cuanto a la vida po-

lítica de las organizaciones revolucionarias, como en cuanto a los límites inevitables de la solidaridad ofrecida por la socialdemocracia europea.

Como no existe ninguna posibilidad de trasladar el contenido de una política socialdemócrata de Europa a los países de América Latina, se busca más bien el trasplante de las formas de la vida política típicas de las organizaciones socialdemócratas.

Mientras que en América Latina las nuevas organizaciones políticas como el PT del Brasil, buscan realizar una verdadera democracia de base dentro de su propia organización, una participación activa de todos sus miembros que efectivamente controlan a sus delegados hasta los exponentes más destacados del partido, la socialdemocracia representa la negación de todos estos principios. Se fundamenta en el principio de la representación según las normas de la democracia burguesa: las bases del partido no tienen ninguna posibilidad efectiva de controlar las decisiones de sus cúpulas y las posibilidades para una oposición interna de lograr una mayoría en torno a su posición son extremadamente reducidas. En la vida interna de un partido socialdemócrata, hay muchos fenómenos similares a los de los partidos de corte stalinista, que comparten la misma aversión contra las actividades "espontaneistas" de las bases.

El efecto objetivo de la intervención socialdemócrata, independiente de cualquier contenido político, es el fortalecimiento de los "líderes" en relación a sus bases. Se mueven de un seminario de la Fundación Ebert al próximo evento del mismo tipo y pronto se hacen indispensables por el prestigio internacional que han ganado en un sinnúmero de eventos y viajes organizados por la Internacional Socialista. Los "expertos" de la Fundación ofrecen su ayuda para organizar campañas electorales según el modelo de los países "avanzados": en el estilo de una campaña publicitaria, reduciendo la militancia del partido a un papel auxiliar. Poco a poco se impone un estilo de vida política incompatible con una democracia interna —sin que ninguna línea programática diferente haya sido introducida. La "socialdemocratización" de los partidos populistas significa solamente un mayor grado de profesionalización de la política, más independencia de la figura de un solo líder, y menos movilización de masas. La "socialdemocratización" de organizaciones auténticamente socialistas es la negación de la anticipación de una nueva sociedad en la vida cotidiana de una organización revolucionaria. Es decir, la negación de una política revolucionaria.

En la izquierda latinoamericana hay una tendencia a subestimar la

importancia de las formas de la lucha política y concentrar los debates sobre los contenidos programáticos. Pero la imposición de un estilo particular en la vida cotidiana de una organización es más determinante para su camino que todos los planteamientos en sus programas. Eso se puede confirmar en las tendencias militaristas que se generan en todas las organizaciones guerrilleras y es cierto también para el impacto inevitable de un contacto estrecho con la socialdemocracia. No se pueden evitar estos contactos si se busca el apoyo de la Internacional Socialista —pero hay que ser muy consciente sobre lo que significan, y fortalecer el control sobre los “líderes” que se podrían desligar de sus bases.

Finalmente, sería fatal para la izquierda latinoamericana desconocer el papel de la socialdemocracia en los países europeos y alimentar así ilusiones sobre la estabilidad de su solidaridad con las fuerzas progresistas del subcontinente. Mientras que la socialdemocracia alemana, dentro de la Internacional Socialista, apoya las luchas de los revolucionarios en Centroamérica, se ha mostrado incapaz de seguir una política modestamente reformista en su propio país. Si en la declaración de Santo Domingo se atestigua a los partidos socialdemócratas europeos que “han cumplido un rol de primerísima importancia en la conquista de un mejor nivel de vida para las masas trabajadoras de sus respectivos pueblos” (Nueva Sociedad, No. 47, Marzo/Abril 1980, p. 167), hay que decir que en el momento actual, el gobierno socialdemócrata-liberal de Alemania Federal impone sacrificios sin precedentes a estas masas, reduciendo los salarios reales y cortando la ayuda estatal para un creciente número de desempleados. En el momento de la crisis del capitalismo mundial, no hay una respuesta de la socialdemocracia al empuje de lo que se podría llamar una verdadera “revolución capitalista” que se persigue en forma bastante coherente por los gobiernos de Reagan y Thatcher.

Esta debilidad interna de la socialdemocracia alemana, que se encuentra en una fase netamente defensiva, también indica los límites de su ofensiva en otros continentes. (Es demasiado temprano para especular en qué medida la victoria electoral de Mitterand irá a cambiar la política de la socialdemocracia europea, tal vez reemplazando a la socialdemocracia alemana de su papel dominante en la Internacional Socialista).

La esencia de la socialdemocracia es buscar un camino intermedio, en la política interna como en la política internacional, y la confrontación actual con el imperialismo norteamericano en Centroamérica es menos el resultado de una ofensiva socialdemócrata que de la actitud

agresiva e intransigente del gobierno de los EE.UU. Desafortunadamente, el apoyo a las fuerzas revolucionarias en El Salvador no es de ninguna manera la expresión de un amplio movimiento de Solidaridad fomentado por la socialdemocracia, se manifiesta más bien al nivel de una diplomacia semisecreta dentro de la Internacional Socialista, casi desconocida por el público alemán. Siempre existe el peligro de que la socialdemocracia liquide sus posiciones actuales bastante progresistas para evitar la agudización de su conflicto con los EE.UU.; aliado que se necesita, según la lógica anticomunista todavía prevaleciente, por la amenaza de la Unión Soviética. El enfrentamiento directo con Alemania Oriental, la situación en la frontera de los dos bloques son factores que pesan más que el hecho de que un pequeño partido socialdemócrata hermano, dentro de una alianza de fuerzas revolucionarias, se enfrente al imperialismo norteamericano y necesita ayuda en un país tan lejano como El Salvador. Hay hechos, sin embargo, que pueden impedir una revisión drástica de la política actual de la socialdemocracia en América Latina hacia una actitud más “realista” y un acercamiento a las posiciones de los EE.UU.

Primero está muy claro que un abandono de los revolucionarios en El Salvador significaría el fin de toda la ofensiva de la Internacional Socialista en el subcontinente —ningún partido que busca actualmente la cooperación con la Internacional Socialista estaría dispuesto a confiar más en la solidaridad de la socialdemocracia. Segundo, la unidad de las fuerzas revolucionarias, en Nicaragua como en El Salvador, impiden un cambio de política pretextando que ahora si triunfó el “comunismo internacional” en los movimiento de liberación. Tercero, hay que ver la situación interna en un país como Alemania: existe un fuerte movimiento anti-imperialista dentro de la juventud, independiente de la socialdemocracia pero capaz de realizar movilizaciones y manifestaciones que tienen su impacto sobre la política socialdemócrata. Así, en febrero de este año, se realizó en Frankfurt/Alemania Federal una manifestación contra la intervención de los EE.UU. en El Salvador con más de 20 000 personas, organizada por la izquierda extraparlamentaria. Hay miembros destacados de la socialdemocracia alemana que firmaron un llamamiento a donar dinero para armar el movimiento revolucionario en El Salvador. Es decir, la izquierda independiente, con una actitud antimperialista consecuente, tiene influencia potencial suficiente para impedir que la socialdemocracia cambie su posición actualmente oficial.

SUMMARY: Among the most important changes in Latin America in recent years is the growth in the role that European social democracy plays in the political life of the subcontinent. However, in the interests of political realism it is necessary for the Latin American Left not only to seek cooperation with Social Democratic leaders, but also to take into account those new social movements in Europe, directed against the suicidal nuclear policy of the U.S.A. and her imperialist role in the Third World, exemplified by the current intervention in El Salvador.

RÉSUMÉ: Un des changements plus importants de ces dernières années en Amérique Latine est celui de l'intervention de plus en plus active et d'une portée croissante de la social-démocratie européenne dans la vie politique de ce sous-continent. Cependant, il est indispensable du point de vue d'une politique réaliste de la gauche latinoaméricaine que celle-ci ne cherche uniquement la coopération —si nécessaire actuellement— des représentants officiels de la social-démocratie, mais également qu'elle comprenne les nouveaux mouvements sociaux en Europe qui s'orientent contre la politique de suicide nucléaire promue par les Etats-Unis et contre leur politique impérialiste au Tiers-Monde, dont le symbole est, de nos jours le Salvador.